

Adiós a Rimbaud

Palabras, palabras desplazadas y mutiladas, palabras de otros, fue la pobre limosna que le dejaron las horas y los siglos.

Jorge Luis Borges: «El inmortal»

Mi fe en la literatura ya comenzaba por entonces a resquebrajarse, de manera que cada noche me acercaba al Café Arezzo, para recibir el catecismo solidario de las tertulias, esa ración eucarística que aliviaba mis dudas y afianzaba mis convicciones con una euforia que caducaba a la mañana siguiente, efímera como el vuelo de una mariposa. La literatura, ese reino que yo creía incontaminado, me mostraba de forma cada vez más miserable sus llagas y tumores, una lepra que se extendía inexorablemente sobre mis sueños. El Café Arezzo se hallaba en la zona monumental de la ciudad, entre iglesias románicas y la soledad cobarde de quienes alargaban su paseo para huir de sí mismos. El Café Arezzo, escondido entre callejuelas, se abría como una margarita mustia, deshojada por escritores apócrifos y advenedizos; en su interior, disgregados sobre la barra o arracimados en los veladores, una legión de pintores melencólicos, poetisas núbiles y literatos sublimes (aunque con interrupciones) susurraban intrigas o rencores. El Café Arezzo, híbrido de taberna y cenáculo de postín, reunía entre sus paredes a la heterodoxia palurda de mi ciudad, a esa multitud espectral de los muertos prematuros que se corrompen, acosados por un síndrome común. Los artistas frustrados de mi ciudad se juntaban en el Café Arezzo con ese instinto gremial y como fatalista de los cetáceos que quedan varados en la playa; era el suyo un suicidio torpe, agravado por la lentitud, una muerte gradual por asfixia, un encanallamiento progresivo que los iba convirtiendo a todos en fantasmas de niebla. El Café Arezzo, a pesar de los letreros de neón, tenía una luz apolillada, una fragancia sepia, un aspecto como de catacumba paleocristiana donde se celebran ritos para iniciados y se da sepultura a los cofrades muertos. En un recodo del Café, paternal y benefactor como un santo de retablo, figuraba el retrato de Octavio Domínguez, primer poeta local,

miembro de número del museo de la gloria, inaccesible modelo al que todos queríamos imitar. Octavio Domínguez había irrumpido en la literatura de posguerra con un primer poemario, publicado a la edad de diecinueve años, que llevaba por título *Bendita ebriedad*; su poesía, exaltada de auroras y paisajes, era el cántico de un adolescente que descubre la belleza matinal del mundo, el filo acerado de la luz que atraviesa el aire con un mensaje de navaja abierta, una conmemoración de cosas aparentemente nimias que Octavio Domínguez nombraba sin describirlas, con el convencimiento de estar creándolas de nuevo. Esta poesía bautismal se había ido fortaleciendo de experiencia, hasta elevar a Octavio Domínguez al Olimpo de los consagrados. En el retrato que presidía el Café Arezzo veíamos a un hombre cansado, cigarrillo en ristre, con la ceniza a punto de desmoronarse y la mirada perdida en un punto inconcreto de la nada, como previniéndonos de la vacuidad de la fama. Aunque la fotografía nos lo mostraba envejecido, con ese rostro sedentario y abacial que es patrimonio común de todos los literatos que han alcanzado el reconocimiento (quizá porque la literatura es una religión con honores eclesiásticos), nosotros lo imaginábamos eternamente joven, como si aquel adolescente que antaño bebió el licor milagroso de la poesía se hubiese mantenido incólume al decurso del tiempo y a las decepciones. Octavio Domínguez, poeta precoz y definitivo, nos había contagiado a todos el síndrome de Rimbaud, según el cual todo escritor con aspiraciones debe dejar constancia de su genialidad antes de cumplir los veinte. El resultado de esta imposición absurda era un catálogo de poetas frustrados por la edad, avejentados por la urgencia, adolescentes tardíos que frisaban ya la cuarentena y sin embargo se prodigaban con gestos de *enfant terrible*, poetas añados, nostálgicos de un elixir que les hiciese recuperar el tiempo perdido, agarrotados por una misión histórica (la de ser epígonos o herederos o continuadores de Octavio Domínguez) que nadie les había impuesto, pero que se obstinaban en desempeñar, cultivando un estro del que carecían. Octavio Domínguez, poeta rimbaudiano y ciertamente prodigioso, alargaba su sombra sobre aquel hormiguero de aspirantes, y ponía en cada pecho un estigma de remordimiento, de fracaso íntimo y precoz. Los poetas del Café Arezzo convivían con esa certeza culpable del que conoce sus limitaciones, ese gusano de podredumbre que los iba limando por dentro, pero todavía mantenían la esperanza en el don gratuito de la inspiración. Los poetas del Café Arezzo sufrían la enajenación cotidiana del que no es pero aspira a ser, y al final terminaban todos con problemas de identidad, crisis de vocación y otras zarandajas por el estilo. Los poetas del Café Arezzo, suicidas por omisión, iban languideciendo en su bohemia de tabaco y nocturnidad, parásitos de una gloria ajena que los acechaba desde la

rigidez otoñal de un retrato. Los poetas del Café Arezzo, copias destartaladas de un Rimbaud provinciano, agotaban su existencia entre proyectos, divagaciones y camarillas, que son las coartadas de quienes carecen de voz propia. En esto consiste, más o menos, el parasitismo cultural.

—Buenas noches, amigos. Perdonad el retraso.

Yo los trataba a todos con deferencia, con esa caridad levemente cristiana que empleamos con los enfermos y los tullidos. Luis Palmero solía presidir aquellas tertulias nocturnas, congregando en su derredor a un grupo confuso de creadores que abogaban por una mayor imbricación entre las distintas manifestaciones artísticas. Luis Palmero acababa de cumplir los treinta y siete años, cifra que confesaba con un cierto pudor, puesto que coincidía con la edad que tenía Rimbaud a la hora de su muerte: treinta y siete años que le habían bastado (me refiero a Rimbaud, no a Luis Palmero) para revolucionar París, enamorar a Verlaine, traficar con armas y esclavos en las costas de Somalia y contraer un carcinoma que, a la postre, lo arrastraría hasta la tumba. La biografía de Luis Palmero, mucho más modesta que la de Rimbaud, abarcaba algún que otro poema en revistas casi clandestinas y unos pólipos en la laringe que enronquecían su voz y le añadían un matiz herrumbroso, como de escritor borracho y perseguido por la adversidad. Luis Palmero, en sus ratos de ocio (que eran casi todos), ponía música a los poemas de Octavio Domínguez y luego los cantaba en el Café Arezzo con acompañamiento de guitarra, auspiciado por la complicidad de sus adláteres. Luis Palmero se había dejado crecer una barbita vergonzante que aparecía y desaparecía, según la estación, una barbita rejuvenecedora que le otorgaba cierto aspecto de seminarista que no acaba de recibir las órdenes mayores (y aquí, definitivamente, hemos de afirmar que la literatura es una carrera de honores eclesiásticos que se exterioriza en el rostro y nos confiere una fisonomía determinada, ya sea de arzobispo, de abad, diácono o seminarista, según nuestros méritos). Luis Palmero, al igual que otros parroquianos del Café Arezzo, sobrellevaba su condición de seminarista perpetuo y algo rezagado a regañadientes, y de vez en cuando se rasuraba la barba, en un asalto infructuoso al estado clerical. Luis Palmero, enfermo de pólipos y envidia, mendigo de una gloria provinciana que nunca le visitaba, se deshacía en saludos y zalamerías:

—Coño, chaval —siempre me designaba así, poniendo entre nosotros la distancia que media entre el magisterio y el aprendizaje—, ya decía yo que tardabas mucho en venir.

Aunque procuraba disimularlo, Luis Palmero me profesaba ese odio retrospectivo que el escritor malogrado siente por el escritor en ciernes, un odio nacido del afán de preservación, como si la hipotética gloria del que